

igualdad naturalísimo á la familia francesa; y medía por un mismo rasero al grande y al pequeño, al débil y al poderoso. Todos estos trabajos se trocaban al fin de poco tiempo en obligaciones; y todas estas obligaciones le tenian como fuera de sí, obligado á comunicarse con todo el mundo, esparcido en mil ocupaciones diversas, débil de salud, extenuado de cuerpo.

Su auxiliar único en esta obra de tanto empeño, era el célebre Viret, á quien ya hemos conocido. Pero ni Viret, ni Calvino, bastaban. Uno y otro se veian comprometidos á trabajos de importancia igual por su carácter político y su carácter religioso. Así tenian que echar mano de los mismos ministros que los reemplazaran durante su destierro, y los cuales no podian ser muy aptos y aceptos á su persona. Doce pastores habia en Ginebra, de los cuales seis servian en los alrededores y en los campos. Calvino los aprovechaba todos, á pesar de ser algunos adversarios implacables, porque preferia los protestantes antiguos á la multitud de frailes apóstatas, franceses é italianos, que iban á Suiza huyendo la persecucion parte de ellos, pero alguna otra parte, y considerable, buscando asilo á sus errores y á sus vicios.

Á cada paso, cuando leéis las crónicas del tiempo, encontrais la inmensidad, apenas comprensible, del fabuloso trabajo de este hombre. Como pensador, pertenecia por completo á la humanidad; y como sacerdote pertenecia por completo á la Iglesia. Cualquiera de estos dos ministerios bastaba por sí solo á embargar la vida entera de un individuo. Calvino tenia los dos; filósofo en su escuela y en el templo sacerdote. Y además de todo esto, pertenecia, por sus trabajos políticos, á la estirpe de los legisladores, á la estirpe de los jueces, á la estirpe de los gobernantes. Con todas estas obligaciones de pensar, creer, juzgar, legislar para todo un pueblo, aun aparecia como el hombre bueno de todos, como el árbitro particular y privado en los negocios domésticos y en los arbitrajes comunes. Los biógrafos nos cuentan rasgos que prueban cómo entendia tanto en los negocios de la vida como en los misterios de la muerte.

Uno de los síndicos ginebrinos mas amados por el reformador murió en 1542, y segun vemos en las cartas mismas de Calvino, ayudóle á bien morir este con exaltada caridad. Durante los últimos dias de la enfermedad el amigo Porral, como le llamaba su pastor, conversó en diálogo incesante con

las personas de su mayor confianza y cariño sobre la muerte mandada por Dios á la cabecera de su lecho y sobre las esperanzas de inmortalidad que veia volar al través de las sombras espesas de su sepulcro. Calvino acompañó hasta el último instante de su vida en el mundo al amigo, que llamaba con repetidos llamamientos á sus luminosas alturas el cielo. Pocas veces, un hombre se ha mostrado, en estos trances amarguísimos, tan tierno y tan vigoroso al mismo tiempo. Sosteniendo al moribundo, y obligándole á encararse frente á frente con la muerte, tras cuyo rostro huesoso le mostraba el rostro luminosísimo de Dios, Calvino fortificaba la voluntad decaida y la idea vacilante al soplo helado de los abismos silenciosos; pero sin negar, en su firmeza, el tributo de lágrimas debido al dolor. Nunca se conoce tanto la virtud y la eficacia de las ideas religiosas y espiritualistas, como al paso del alma por las grandes líneas de tinieblas, que cubren las sepulturas, en pos de la eternidad. Las sombras se ahuyentan, los huesos se animan, las tumbas hablan, florecen las cenizas, el fósforo de los fuegos fatuos se trueca en luz perenne, y el alma, esencia de toda nuestra vida, calor de la sangre, luz de los ojos, movimiento de los músculos, aire del pecho, impulso del corazón; desprendida de nuestro cuerpo, cual se desprenden los aromas del cáliz de las flores, entra en la inmortalidad. ¡Ah! El tránsito del amigo Porral desde este al otro mundo habia edificado á toda Ginebra, no solo por la entereza del enfermo, puesto en Dios como una estrella en el cielo, á los vuelos del alma, sino por la elocuencia del auxiliar entregado á descubrirle, por medio de la idea, cuando todo parecia en torno suyo apagarse, el esplendoroso é inmenso cielo de lo infinito. Despues que le cerró los ojos y que le dió tierra, el dolor por su irremediable separacion y ausencia sirvióle para mas agujonearle al trabajo y á la comunicacion del Evangelio con las almas de sus conciudadanos. Y no solo se inclinaba sobre el terrible lecho del dolor y de la muerte; íbase tambien por los hogares y por los senos de las familias atribuladas, poniendo en ellas paz y concierto. Una señora de la nueva Iglesia casó el mayor de sus hijos con distinguida jóven tambien calvinista. Mas fuese por su natural un tanto agrio y por celos propios de suegras y nueras ó por otra cualquier causa, lo cierto es que aquellas dos mujeres no vivian en paz ni dejaban vivir en paz al que ambas á dos amaban, si bien cada una de ellas con los amores,

naturales respectivamente á madre y esposa. Calvino predicó tanto, y trabajó y pugnó con tal intensidad, que puso concordia entre aquellas desavenidas almas, y paz en aquel hogar perturbado. Todos estos trabajos muestran de qué suerte la vida y el alma del reformador se esparcian en mil esferas diversas. Parece imposible que pudiera subir desde todos estos oficios domésticos hasta la eternidad inmensa y sus increados arquetipos.

Así puede asegurarse que á Lutero pertenece la responsabilidad ó la gloria del movimiento revolucionario en aquella gloriosísima centuria; pero que á Calvino pertenece, por derecho propio, la gloria ó la responsabilidad de su organizacion. Concentrada su alma sobre Ginebra, nido predilecto de las ideas nuevas, iba poco á poco produciendo el gran núcleo, á cuyo alrededor habia de condensarse la etérea materia del nuevo espíritu. De aquí, el vigor de sus combates mantenidos, no solo por la fuerza de su idea, sino tambien por la fuerza de su voluntad. De un lado, ese hombre férreo ha combatido con todos los elementos reaccionarios en su siglo; y de otro lado ha combatido los mismos elementos revolucionarios que se divertian ó separaban del objeto y del dogma de la revolucion. Y en medio de batalla tan terrible, sobre las ondas alteradas, bajo el cielo tormentoso, al fulgor del relámpago y culebreo del rayo, en los abismos ó sobre las crestas de encrespadas espumas, ha sabido hacer de Ginebra la nave mística, donde se han refugiado las grandes almas empeñadas en producir y organizar el republicanismo cristiano sobre la faz de nuestro mísero planeta. Pocos pueblos, en el momento de llegar Calvino, menos aptos para esta obra humanitaria, que aquel pueblo ginebrino, indócil, intemperante, levantisco, revolucionario, semi demagógico, muy capaz de adquirir la libertad, pero incapaz de sostenerla y conservarla. Pero la idea de Calvino, motor inmóvil de una voluntad semejante á las fuerzas del Universo, logró hacer de aquella ciudad lo que no habia podido un genio mas hermoso que su genio, Savonarola, hacer de la inquieta Florencia. El monje de San Marcos intentó fundar una República encabezada por la persona de Cristo, democrática en sus instituciones, severa en sus costumbres, condensacion social de todo el Cristianismo, eterna consecuencia de todo el Evangelio. En algunos momentos, su virtud comunicativa, su voz profética, su idea centelleante, su elocuencia incomparable arrastraron al pueblo y le constriñeron á

constituirse, dentro de aquellos muros luminosos como la superficie de los soles, en una espiritualista democracia. Pero Savonarola chocó en el escollo secular del Pontificado romano y naufragó en las pasiones del pueblo florentino. Revolucionario de nuestra raza, quiso llevar la revolucion á término sin contradecir radicalmente las creencias de la familia latina y sin romper los moldes y organismos en que de antiguo esta privilegiada estirpe contuviera sus dogmas. La obra se frustró, pero, al frustrarse, rompió en mil pedazos el único escudo, que todavía quedaba entre los embates de la revolucion y la Sede antiquísima del Papa. Calvino, perteneciente tambien á nuestra raza, pero en su tribu francesa, la cual tiene mucha menos sangre romana y helena que la tribu italiana, comprendia dos cosas; primera, la imposibilidad absoluta de transigir con el Pontificado, y segunda, la absoluta necesidad de organizar la revolucion. Menos brillante que los demás reformadores, ni tan profeta como Savonarola, ni tan sabio como Erasmo, ni tan orador como Lutero, ni tan dulce y atractivo como Melancton, ni tan heróico y sublime como Zuinglio, sacábales á todos ventaja indudable en el talento práctico y organizador que reunia, por un verdadero milagro, á las aptitudes del teólogo, las aptitudes del jurisconsulto y del estadista. En la historia aparecen varias épocas opuestas por su carácter especial, y sin embargo enlazadas, como se enlazan y corresponden los términos de un raciocinio. En el mundo asiático los indios, padres de los dioses y de las teogonías, representan lo que podremos llamar como el lado teórico de Asia; mientras los semitas, comprendiendo con mas ó menos amplitud en esta raza los judíos, los fenicios y los árabes, representan el lado práctico del Asia, como fundadores verdaderos del comercio mediterráneo todavía civilizador del mundo y como autores verdaderos de los libros morales que todavía rigen y dominan en la parte mas excelsa y aventajada del humano linaje. En el mundo clásico Grecia representa la teoría, el arte, la escuela y la secta; mientras Roma representa la política, la moral y la jurisprudencia: destino análogo el primero al destino de los indios y destino análogo el segundo al destino de los semitas en Oriente. La idea estoica, pura y científica y sistemática en las escuelas de Atenas, pasa, por un movimiento lógico, á práctica y moral y tangible y política en los códigos de Roma. Pues lo mismo sucederá en la Reforma. Los grandes profetas de la